

II Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 49, 3. 5-6; 1 Corintios 1,1-3; Juan 1, 29-34

« Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo »

16 Enero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“AQUÍ ESTOY, SEÑOR, PARA HACER TU VOLUNTAD”

Hace poco leía una frase interesante del P. Kentenich: *“Vivimos un tiempo convulsionado hasta la médula, un tiempo de anarquía espiritual, un tiempo de disolución en todos los ámbitos. En este tiempo sólo puede ser jefe quien se yerga como profeta. En nosotros mismos está en pugna el ideal de profeta con el ideal de funcionario”*¹. **¿CUÁL ES ESE IDEAL DE PROFETA?** Vivimos en un tiempo donde todo sucede a gran velocidad, donde faltan seguros, donde la vida nos lleva de un lado a otro sin darnos tiempo a pensar. En esta época buscamos, con frecuencia, aferrarnos a costumbres y vivir con un espíritu de *“funcionario”* (un espíritu legalista, de cumplimiento de mínimos), para poder sobrevivir sin perder la calma. El Padre planteaba un desafío que muchas veces nos desagrada: vivir con un espíritu de profeta. Vivir así nos resulta complicado, porque es más exigente y arriesgado, porque de nada valen tantos seguros. Sabemos la suerte que han corrido siempre los profetas. Sabemos las dificultades de tantos santos que sufrieron la persecución al vivir de una forma que resultaba demasiado novedosa para su época. Sabemos la suerte que corrió Juan el Bautista, que anunciaba a Cristo y que, con su vida de oración y ascesis, escandalizaba a los que lo rodeaban. A veces nos da miedo pensar en ser santos o pedírselo a Dios. Tememos la cruz. Por eso nos tienta más la idea de ser *“funcionarios de Dios”*, *“legalistas”*. Nos conformamos con cumplir, con estar a una altura mínima en la vida. Ser profeta exige mucho más: dar saltos de profeta, tener confianza de profeta y valentía de profeta. **Exige ser hombres del Espíritu, anclados en Dios y en María.**

El problema se da cuando nos ACOSTUMBRAMOS A LA VIDA QUE LLEVAMOS. Decía el **Padre Pío:** *“Cuando el Demonio hace ruido, es señal de que todavía está fuera y no dentro. Lo que debe aterrorizarnos es su paz y sintonía con el alma humana”*². Cuando hablamos de tener un alma de *“funcionario”* nos referimos a esa tibieza del alma que no aspira ni sueña con lo más grande. Estamos pensando en el alma que se angustia con las pequeñas preocupaciones, sufre con las más leves ofensas y se conforma con la mediocridad. Hoy miramos a Juan Bautista y somos conscientes del ideal que se nos presenta: el ideal de profeta. Estamos ante ese hombre que se enfrentó al demonio en el desierto y fue fiel al amor de Dios, hasta entregar libremente su vida. Es fácil convivir con el mal y con la desidia. Es fácil que nos dejemos llevar por los gustos y las apetencias. Es fácil que el demonio no haga ruido en nuestra vida, porque está en paz con nuestra forma de vida, con nuestra tibieza y ausencia de pasión por la vida. Como me decía hace poco una persona: *“No tengo que preocuparme por el Demonio, ataca sólo a los santos y a los que están muy perdidos. Yo me siento en esa mediocridad que tanto le gusta al Demonio”*. **¿No nos sentimos así en ocasiones?** ¿Acaso no es verdad que no avanzamos, porque no nos tomamos en serio nuestra vida de oración, nuestros proyectos y deseos de construir una

¹ H. King, “Textos pedagógicos”, J. Kentenich, 139

² Gianluigi Pasquale, “365 días con el Padre Pío”, 29

vida santa? Es verdad que el Demonio tiene que estar feliz muchas veces con nuestra tibieza y falta de idealismo, con nuestra mediocridad y falta de espíritu de lucha.

LA MISIÓN DE PROFETA COMIENZA CON UNA CLARA CONCIENCIA DE UNA ELECCIÓN. Dice **Isaías**: *“El Señor me dijo: «Tú -eres- mi siervo, de quien estoy orgulloso.» Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel -tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza. «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.» Isaías 49, 3. 5-6.* Isaías relata su llamada y su elección. Dios se fijó en él y estaba orgulloso de su vida. Así también lo expresa claramente Pablo: *“Yo, Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por designio de Dios”.* ¿Está Dios orgulloso de nuestra vida? ¿Está feliz con nosotros? Muchas veces pensamos que no, creemos que lo desilusionamos con frecuencia y así es imposible creer que nos pueda llamar para algo. Es fundamental que nos creamos que Dios está orgulloso y feliz con nosotros. Sólo así podremos escuchar su llamada y creer en su elección. Dios es el que llama, no nosotros los que elegimos. Nos busca, no por nuestras capacidades, sino porque nos quiere. Nosotros nos limitamos a aceptar esta elección de Dios. Juan fue elegido por Dios y aceptó su invitación. Fue llamado al desierto y allí recibió la vocación de Dios. Así actúa Dios en nuestra vida. Al mirar hacia atrás, al reflexionar sobre nuestra historia, nos damos cuenta de cómo nos ha ido conduciendo. Ha utilizado a personas y se ha valido de circunstancias. Él sabe mejor lo que nos conviene y no podemos dejar de sorprendernos. Hace poco una persona me comentaba: *“Que yo viva la fe como la estoy viviendo ahora, es un verdadero milagro. Dios me ha conducido hasta aquí casi sin darme cuenta”.* Nuestra historia personal es historia de salvación, **porque Dios nos ha salvado, nos ha rescatado de nuestra pobreza y nos ha invitado a vivir con Él.**

EL SEGUNDO PASO PARA SER PROFETA ES ACEPTAR LA LLAMADA DE DIOS. El salmo lo dice claramente: *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad. Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito; me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: «Aquí estoy.» Como está escrito en mi libro: «Para hacer tu voluntad.» Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. He proclamado tu salvación ante la gran asamblea; no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes”.* Sal 39, 2 y 4ab. 7-8a. 8b-9. 10. Decirle estas palabras a Dios exige una fe profunda y sincera. Muchas veces nos falta esa fe que ve a Dios en el camino y en el corazón, y entiende la llamada como un salto de confianza. Decía **Juan Pablo II** respecto al sí de María: *“Es el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre percibe que jamás comprenderá totalmente el cómo; que hay en el designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia; que, por más que haga, jamás logrará captarlo todo. Es entonces cuando el hombre acepta el misterio, le da un lugar en su corazón”.* Nos cuesta creer en la promesa y nos cuesta aceptar que la incertidumbre será compañera de viaje. Queremos tenerlo todo controlado, y por eso las dudas y las zonas de misterio en nuestro sí nos desconciertan. Miramos a María para aprender. Ella vivió esas mismas zonas de oscuridad que vivimos nosotros. Vivió en la incertidumbre de los santos que se abrazan a su sí primero para caminar en el desierto. Nos cuesta entender esos caminos de Dios y le pedimos, le suplicamos, que nos muestre con claridad cómo nos conduce. Dios lo que quiere es que seamos santos, por eso la vocación es una llamada a la santidad. Así nos lo recuerda **S. Pablo**: *“Escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto, a los consagrados por Cristo Jesús, a los santos que él llamó y a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor de ellos y nuestro”.* 1 Corintios 1,1-3. Estamos llamados a vivir en Él, consagrados a Él. Sólo así podemos vivir la santidad anhelada. Ser santos nos exige abrírnos al camino que Dios ha soñado para nosotros. Exige soltar amarras y dejar que sea Él el dueño de nuestra vida, quien marca el rumbo. **Dios hace posible lo que es imposible en nuestra debilidad. Él nos sostiene y eleva, y santifica nuestro sí.**

La vocación de profeta a la que Dios nos llama, conlleva vivir LA SUERTE DE CRISTO A QUIEN SEGUIMOS. ÉL SE MANIFIESTA COMO EL CORDERO DE DIOS Y NOSOTROS SEGUIMOS SUS PASOS. Es señalado como aquel que viene a traer la salvación al mundo: *“En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.» Comenta Klaus Berger: “El Bautista alude aquí a la pureza del cordero blanco, que contrasta con el sombrío lastre del pecado. Eso es lo que le permite interceder por nosotros ante Dios. Jesús es el absolutamente justo”³. Jesús es el cordero que carga con el pecado del hombre. Resalta su pureza, su blancura y su ser inmaculado. Nosotros, por el contrario, no nos sentimos puros ni blancos. Pecamos y por eso no estamos limpios. Cuando miramos así a Cristo nos sentimos pequeños y lejos de Él en nuestra indignidad. La pureza no es el adorno de nuestro corazón. Nos abruma la distancia respecto a este Cordero de Dios. Cristo, el Hijo de Dios, es el cordero obediente a la voluntad de Dios y carga, en su pureza, con nuestra impureza. Su fidelidad es el rasgo más característico. Hoy miramos al Cordero fiel y somos conscientes de nuestra propia infidelidad. **¿En qué no somos fieles? ¿Qué quiere Dios de nosotros? ¿Qué espera que hagamos y nosotros no le respondemos?***

MIRAMOS HOY A MARÍA QUE SIEMPRE ES FIEL. Quería recurrir a otro texto de Juan Pablo II: *“¿Qué significa esta fidelidad de María? La primera dimensión se llama búsqueda. María fue fiel ante todo cuando, con amor, se puso a buscar el sentido profundo del designio de Dios en Ella y para el mundo. “¿Cómo sucederá esto?”, preguntaba Ella al Ángel de la Anunciación. Ya en el Antiguo Testamento el sentido de esta búsqueda se traduce en: “buscar el rostro del Señor”. No habrá fidelidad si no hubiere en la raíz esta ardiente, paciente y generosa búsqueda; si no se encontrara en el corazón del hombre una pregunta, para la cual sólo Dios tiene respuesta, mejor dicho, para la cual sólo Dios es la respuesta”. Estas palabras sobre la fidelidad de María nos ayudan a entender mejor la fidelidad que Dios espera de nosotros. Una fidelidad que surge de la búsqueda. El corazón busca a Dios, busca su rostro, como hizo el corazón de María. Ella se mantuvo fiel en su búsqueda, en la búsqueda verdadera de su vida. Nunca se conformó, siempre se mantuvo en camino. Tantas veces dejamos de lado nuestros sueños y esperanzas y nos enfrascamos en búsquedas improductivas y sin sentido. La búsqueda es el comienzo de la salvación. Pero ha de ser la búsqueda correcta porque muchas veces nos perdemos en búsquedas que nos enferman. Hace poco pensaba en una película, “Tron”, en la que el protagonista buscaba la perfección y esa búsqueda lo acabó separando de las cosas que amaba y lo llevó a la muerte. Acabó, como él mismo confesaba, perdiendo la esperanza: “La vida te lleva a veces a perder las esperanzas y los sueños”. Si buscamos la perfección, acabaremos huyendo de todo lo imperfecto, acabaremos negando nuestra propia imperfección. Muchas veces todo esto no es ciencia ficción, sino que es real; por eso nuestra búsqueda de la perfección pone en peligro nuestra propia fidelidad. Cuando vemos que la realidad no se **corresponde con lo soñado, cuando lo perfecto está muy lejos de nuestra vida imperfecta, empezamos a soñar otras vidas y otros caminos y se acaba debilitando nuestro amor fiel.***

¿QUÉ SIGNIFICA CUIDAR LA BÚSQUEDA PARA SER FIELES? Significa mantener encendida la llama del primer amor que Cristo puso en nuestros corazones. Significa volver siempre de nuevo al origen, al primer momento del camino, a esa llamada de Dios que seguimos aceptando. Empezamos a buscar aquel día en que experimentamos el vacío y la necesidad de llenar el corazón. La búsqueda nos llevó a amar y a buscar el amor. En la búsqueda comenzamos un camino de salvación, nuestro propio camino. Y nuestro sí se convirtió en fuente de vida. Lo que puede suceder es que con el tiempo nos

³ Klaus Berger, “Jesús”, 615

acostumbremos y dejemos de buscar. Perdemos la necesidad de encontrar más, de crecer, de llenar el alma. Y al perder el deseo de encontrar, perdemos el don que nos hace fieles, ese don que no nos deja nunca satisfechos, porque estamos en camino. ***Queremos cuidar nuestra búsqueda para que una y otra vez nos encontremos con el Dios fiel que conduce.***

LA FIDELIDAD ES UN DON AL QUE TODOS ASPIRAMOS y que nos permite ser coherentes.

Nos gusta ser auténticos en el compromiso y mantenernos fieles con aquello que asumimos. Sin embargo, el amor que no se cuida se enfría. Cuando dejamos de buscar comienza la rutina. Justamente con el desinterés viene la tentación y junto con ella la fantasía. Conocemos los peligros de la fantasía. Decía **Santa Teresa**: *“La imaginación es la loca de la casa”*. Y sabemos que es así. La fantasía nos lleva a lugares donde no vivimos y con personas con las que no compartimos la vida. Nos aleja de la fría rutina y nos hace pensar que hemos nacido para cosas mejores. Nos hace creer que estamos perdiendo el tiempo y que no nos valoran como deberían. Nos hace pensar que podemos empezar caminos nuevos y dejar los compromisos asumidos. Dice una frase de autor desconocido: *“La felicidad no consiste en alcanzar las metas, sino en ser felices con lo que tenemos”*. La fantasía nos turba haciéndonos pensar que la felicidad está en otras metas. Y lo peor es que nos hace creer que estamos ya en pecado al desear con la imaginación lo que no poseemos. ¡Qué útiles son la imaginación y la fantasía! ¡Qué peligrosas pueden ser a veces! No se trata de dejar de imaginar y soñar, porque muchas veces no lo controlamos. Se trata de saber construir a partir de nuestra realidad. Frente a esa fantasía que nos atrae y turba, cuidemos la realidad que a veces nos hastía. Cuidemos el amor que tenemos, la vida que llevamos. Dejemos que nuestra fantasía nos ayude a acrecentar nuestro amor y a mejorar nuestros vínculos. Que los sueños que tenemos llenen de valor nuestros actos de entrega. **Amemos nuestros compromisos y, lo más importante, nunca dejemos de buscar, de desear ser y construir más, de ascender más alto a las cumbres soñadas.**

Queremos construir LA FIDELIDAD DE LA MANO DE MARÍA. Ella nos enseña a caminar a su paso, a disfrutar los momentos y a alegrarnos con las pequeñas cosas de cada día. La fidelidad de María nos enseña a ser fieles en lo pequeño, porque el amor se construye en las horas que pasan sin que ocurra nada fuera de lo habitual. Tememos la vida previsible y, no obstante, la mayor parte de nuestra vida es previsible. Recuerdo hace tiempo cuando bromeaba con algún hermano de Comunidad sobre las personas previsibles. Cuando creemos conocer a alguien hacemos que sus reacciones sean previsibles. Tendemos a encasillar y nos cuesta sacar a las personas del lugar en el que las hemos encuadrado. De esta forma pensamos que siempre van a actuar de la misma manera. En la familia nos conocemos muy bien y sabemos las reacciones y, por lo tanto, las esperamos. Es fácil prever las reacciones y ya nada nos sorprende. Entonces los actos carecen de valor, dejan de ser importantes. En el amor las cosas pueden hacerse previsibles y rutinarias. Es fundamental cuidar los gestos y los actos de cada día. Decía el **P. Kentenich**: *“A través de la repetición de actos saturados de valor, formamos y configuramos una actitud, una convicción, una mentalidad”*⁴. Si dejamos de hacer las cosas de una forma nueva todo se puede tornar gris. Es importante darle luz a nuestra vida, para que las sombras y la oscuridad no se apoderen del alma. No queremos perder nunca la esperanza. A veces, por amor a lo nuevo, nos gusta más la imprevisibilidad de algunas personas, sus reacciones inesperadas o sus locuras. Nos atrae más una vida sin rutinas. Nos gusta lo desconocido y lo inesperado, porque tememos que la vida se nos pase sumida en la rutina. No obstante, la fidelidad tiene una fuerte carga de previsibilidad. La vida se construye sobre días que se suceden en el tiempo sin grandes novedades. La fidelidad al amor se construye en lo cotidiano. **El sí a nuestra vocación es previsible, pero hace falta mucha gracia de Dios para vivirlo de forma nueva cada día.**

⁴ H. King, “Textos pedagógicos”, P. J. Kentenich, 104

LA IMAGEN DEL CORDERO DE DIOS REFLEJA UNA FIDELIDAD DE DIOS POR EL HOMBRE. Es la imagen de Jesús que intercede por nosotros. Esta imagen resulta difícil de entender en nuestro mundo moderno. Cuesta aceptar que uno pueda llegar a responder por las culpas de otro, por sus pecados. El individualismo imperante afecta a nuestro camino de fe. Pensamos en un camino de fe en soledad hasta Dios. Nos salvamos y condenamos solos, por eso pensamos: *"Yo soy responsable de mis actos, no de los actos de los otros"*. No entendemos ese espíritu comunitario que está tan presente en el origen de la Iglesia. Ya estaba muy presente en el mismo pueblo judío: *"La representación es la ley de vida del pueblo de Dios. Pues el individuo no está solo delante de Dios. Hemos sido pensados como hermanos y hermanas"*⁵. Es la conciencia de que nuestros actos no son indiferentes para el mundo. La teoría de los vasos comunicantes es verdadera. Contribuimos a la salvación del mundo o dejamos de hacerlo. Cuando llevamos una vida santa estamos regalando gracia a los que nos rodean. El bien que hacemos y el mal que evitamos tiene una repercusión en el plan de redención. Todo se lo entregamos a Dios y Él regala su gracia. Cuando pecamos, aunque nuestra debilidad y pecado no tenga consecuencias visibles, la falta de bien repercute negativamente en la Iglesia. A veces nos olvidamos de esta realidad, del carácter solidario de nuestra fe. Jesús, hombre sin mancha, puede aparecer ante Dios con el corazón puro para interceder por nosotros. Él nos salva de nuestro pecado sin haber caído Él mismo en pecado. Es el cordero manso y humilde, limpio y obediente en la cruz. *"Dios sustituye la ley estructural del pecado, el "yo para mí", por la ley estructural de la redención, "el uno para otro"*⁶. Juan señala el poder de Cristo, el poder del bien, del amor y de la humildad, que vencen por encima del mal y por encima del pecado. Es la fuerza del cordero que no se defiende, ni se resiste ante la muerte, sino que, en fidelidad, camina hacia el Padre. **Es el poder de la pureza que redime y de la gracia que nos salva.**

LA MISIÓN DE PROFETA TRAE CONSIGO TOMAR CONCIENCIA DE QUE SOMOS ENVIADOS POR DIOS Y POR MARÍA. Juan así lo reconoce: *"Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. " Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.» Juan 1, 29-34.* Dios lo envió a bautizar y él asumió su misión. Todos tenemos una misión en esta vida, y lo olvidamos a veces. Es una misión que el Señor nos va desvelando en el camino. El primer paso siempre es el más difícil, porque exige un salto de confianza de la cabeza y del corazón. Sin embargo, una vez que lo damos, los demás pasos van llegando con calma. Cuando comenzamos a andar desconocemos el aspecto de la ruta que recorreremos y sólo nos vale confiar. Es un camino lento, pero siempre nos mueve una certeza: Dios sabe dónde nos quiere y en qué podemos ser sus instrumentos. **En nuestros Santuarios recibimos la gracia del envío.** Cuando experimentamos que Dios transforma nuestro corazón, notamos cómo María quiere que no nos quedemos quietos. Ella nos acoge en su casa, permite que descansemos en sus manos y, a través suyo, en las manos de Dios. Y, poco a poco, en la fuerza del Espíritu, va transformando nuestro corazón. Sin embargo, su labor no acaba hasta que somos enviados. Si no hay envío no hay transformación verdadera. El cambio en el corazón nos lleva necesariamente a iniciar un nuevo camino y a anunciar aquello que hemos encontrado. Si no hay transformación, no hay fuego para iniciar el camino de nuestra misión. El problema es que muchas veces no hay transformación verdadera y por eso el envío no se convierte en realidad. Cuando no nos dejamos cambiar por Dios, no permitimos que haga su obra en nosotros. Por eso es tan necesario que Dios nos transforme con su gracia. **Necesitamos experimentar esa gracia que nos convierte en apóstoles. Necesitamos ese fuego que nos hace profetas, audaces y confiados.**

⁵ Klaus Berger, "Jesús", 615

⁶ Ibídem, 616